

## XVII

Supongamos por un momento que el dueño del Grand Hotel ó del *Splendid Hôtel*, puesto que el nombre es lo de menos, toma cariño á un viajero poco favorecido por la fortuna. Le da el cuarto más bonito y le alberga durante seis meses, por su bella cara nada más: tal hecho es increíble, pero puede suponerse cierto. Llega un día en que le dice:—Amigo mío, mis negocios van muy mal, y me veo obligado á no poderos seguir dándoos la hospitalidad que tan feliz era antes en ofreceros, y tengo que daros por sucesor un riquísimo extranjero que se ha presentado como llovido del cielo.—Habláis á medida de vuestro deseo;—suponed que dice el viajero pobre, furioso de verse desposeído—vuestro trato no me conviene. Voy á ir á buscar á ese rico extranjero, á prohibirle que ponga los pies en vuestra casa, y si se niega á obedecerme le desafío y le mato.—Pero si el desgraciado no tiene culpa ninguna, si ni siquiera os conoce; si no os ha hecho nada; si queréis tomarla con alguno aquí me tenéis á mí, yo soy el culpable.—¡Con vos, mi generoso anfitrión! Si yo á vos os quiero, si os venero; es del extranjero tan sólo de quien quiero desembarazarme.

¿Qué pensáis de todo esto? ¿El viajero poco afortunado está en su derecho? No, y mil veces no. ¿Sus amenazas no son absurdas?

—¡Ya lo creo que lo son!

¿Entonces por qué he de buscar una cuestión con mi rival el peruano? ¿Su inocencia no es tan completa como la del rico extranjero antes citado? ¿Pues qué mi situación no es análoga á la del viajero poco afortunado? ¿Y ella, no se encuentra en la posición del generoso dueño del hotel?

Evidentemente, y gracias á ese ingenioso ejemplo, me vine á razones. Es preciso confesarlo, estaba á punto de cometer una injusticia y ser la irrisión de todo verdadero parisién. ¿Desde cuándo un paseante en corte como yo produce escándalos de la especie del que yo meditaba? Pase el desafiar á un rival, pero el peruano no lo es. No es más que un mazo de billetes de Banco. Debo combatirle con sus propias armas, aplastarle, ó más bien aplastar á su protegida bajo el peso de mis talegos de luises. Es demasiado buena compatriota para no preferir mi dinero al oro extranjero.

Sin duda, pero cuando se quiere hacer el papel de Creso victorioso, conviene presentarse con dinero, valores diversos y títulos de propiedad, accesorios de que carezco en absoluto. Si los hubiese tenido ¿hubiese ido á Spa á tentar fortuna, esa rueda que á punto ya de detenerse ha esquivado bruscamente mis caricias? Tengo por todo tener una renta en usufructo, cuyo capital me corresponderá dentro de cincuenta años, prudente precaución toma-

da por un testador cuidadoso de precaverme contra mis propios apetitos.

¿No podría, sin embargo, orillar las dificultades? Si me decidiese á ofrecer un interés crecido, acaso encontrase quien me prestase, no sobre el capital, que es irrealizable, sino sobre la renta que cobrarán otros por mí durante cierto número de años. Tratemos de probar.

Me dirijo á uno de esos banqueros no clasificados, que cobran á título de comisión intereses usurarios. Me despidió cortesmente diciéndome que la operación propuesta por mí no sería correcta. ¡Es muy bueno esto! Pues qué, ¿lo sois cuando prestáis al quince por ciento? Precisamente vuestra incorrección es lo que me ha hecho pensar que seríais indulgente con la mía.

Me indicaron otro prestamista servicial; no quiero serlo yo menos, y voy y vengo y le paseo en coche ocho días seguidos, para oírle decir que no podía hacer nada por mí. Se dirá que debería habérmelo dicho antes, pero tiene por regla invariable dedicar una semana entera á cada cliente. Al cabo de... cincuenta y dos clientes llega al fin del año sin haber hecho ningún gasto personal, y sobre todo, sin haber entregado á sus parroquianos ninguna de las sumas que hace brillar ante sus ojos.

No habiéndome dado resultado el usurero moderno me puse en busca del usurero clásico, el del tiempo de nuestros padres, del juicio *pur sang*. Parece ser que aún existe

uno en los barrios extremos. Le encontré, le convencí y se dignó acceder á mis deseos mediante un tanto por ciento de interés que no me atravesaré nunca á confesar, por miedo de tener que ir al momento á visitar al doctor Blanche.

Puse la suma bajo un sobre y la envié á su destino. Esta vez la victoria es mía, el peruano será vencido y yo tomaré posesión de mi bien.

Esta triunfante entrada compromete gravemente para el porvenir mis recursos financieros. Pero ya me ocuparé de ese detalle cuando esté curado de mi locura; hasta entonces ella me absorbe por completo, me constriñe hasta el punto de impedirme oír las amonestaciones de mi razón y ver el abismo que se había abierto para engullirse mis modestos recursos. ¡Cuando pienso que al ganar en Spa unos veinte mil francos, me preguntaba si á mi vuelta se los ofrecería!... Es que entonces mis relaciones amorosas con ella no me recordaban sino cosas agradables. Y podía extasiarme en ellas sin amargura, sin cólera. Mis satisfechos deseos me permitían entrever, no sin cierta voluptuosidad, un reposo lleno de apacibles recuerdos y de sus apariciones encantadoras. ¡Cuánto han cambiado los tiempos! A los placeres de otras épocas han sucedido las resistencias, los desaires, y son para mí tanto más crueles, cuanto que comparándolos con el pasado, sé lo que he perdido. Si, la resistencia era enérgica, el desaire también era bastante claro y bastante preciso

para matar toda esperanza. No mata, sin embargo, hace por el contrario, revivir el deseo y eternizarle. ¡Si me fuese dado no ver ni oír! ¡Ay! me parezco á Tántalo, cuya mirada inquieta se elevaba hacia los frutos fugitivos, y cuyo oído percibía sin cesar el murmullo de un claro arroyuelo, que no debía nunca refrescar sus resecos labios.

Condenado á reproducir antiguos *clichés*, como todos los que tienen que hablar de amores, repetiría con mis colegas que no se llega á conocer el poder de una mujer hasta el día que perdéis su cariño. La separación, la ausencia, la infidelidad, la ruptura, el sufrimiento en una palabra, son medidas métricas que permiten tan sólo conocer la extensión del amor. Si nada le turba, si es calmoso y reposado, se lo toma por un ténue cariño, por un capricho, y no se hace caso de él. Si es tormentoso, reñido, violento, se cuenta con él y no se le escatiman toda clase de sacrificios. Debiera ser vergonzoso para la humanidad, pero es lo cierto, hasta tal punto, que me creo excusado de repetir una verdad tan axiomática. Y ya la he rendido tributo en mis primeras frases.

¿Es verdadero amor lo que siento por ella? El desprecio mata al amor; ¿no podría yo intentarlo con aquella por quien me creo obligado á arruinarme? Hé aquí una nueva fase no conocida por mí. Pero sería inútil. ¡El desprecio matar el amor! ¿No irá eso con ciertas mujeres despreciables, á quienes todos los días sacrifican muchos alucinados su fortuna

y su vida? Las mujeres respetables y dignas de serlo, ¿no sabrán ahorrarnos ese género de sacrificios?... ¿Es amor lo que experimento? me pregunto una vez más. ¡No lo sé, verdaderamente no lo sé! ¿Qué me importa la palabra? Yo os la abandono. Llamad como queráis á lo que me conmueve, me arrebata, y me desespera; lo que me hace reír, llorar y cantar; lo que me enerva, me atonta y me mata; lo que me hace desvariar en este momento, y me tiene vuelto el juicio desde hace seis meses. ¡No la amo, sea! Sin embargo, todos mis pensamientos la pertenecen, todas mis acciones afluyen á ella; no veo más que por sus ojos, no hablo más que por ella y para ella; mi vida está, en absoluto, confundida con la suya; lo que no tiene que ver con ella me es indiferente, y podría acabarse el mundo sin que me apercibiese de ello, con tal de que sobreviviese con ella á la catástrofe... ¡No la amo, muy bien! Hasta la aborrezco, si queréis... pero es hora de ir á su casa, y... me marchó á verla.

## XVIII

Estaba persuadido de que al verme saltaría á mi cuello, y me diría:—Gracias, mil gracias por haberme devuelto mi independencia, mi

libertad, por haberme dado la posibilidad de dar pasaporte al que nos separaba, y ser tuya, de tí solo, como otras veces.

No ha dicho nada por el estilo. Me ha recibido y me ha tratado del mismo modo que los días pasados; he creído ver solamente que al saludarla me había apretado la mano con más calor que de costumbre, como si hubiese querido decirme con el lenguaje de las manos:—¡Está muy bien, lo he recibido y te doy mil gracias!—Pero en nuestra conversación no hizo alusión alguna al envío que la había hecho por la mañana. Por discreción no podía yo abordar el asunto, y en cuanto á ella, comprendo su reserva: es la primera vez que la mando dinero y se siente como embrazada delante de mí. Hablaremos de ello mañana.

\*\*\*

No hemos hablado tampoco, y se ha mostrado con la misma parsimonia que el día anterior en la concesión de ciertos insignificantes favores. Esta actitud me la explico y la comprendo. ¿Qué hubiese yo pensado de ella, si después de haber sido durante dos meses tan avara en darme muestras de ternura, me las hubiese de repente prodigado? Hubiese atribuido ese cambio brusco á mi largueza. Ha

querido impedir que conciba tal pensamiento, y espera que, borrado el recuerdo de mis sacrificios, pueda yo creer que no los debo sino su cariño hacia mí.

La es muy difícil también, lo reconozco, del día á la noche despedir al peruano. Yo he tenido la culpa de que él haya ocupado mi lugar; no he sabido sacrificarme en tiempo oportuno. Hoy ya debe indicarle que está de más aquí, pero consiento que lo haga guardando las formas.

De cualquier modo, esta espera, en el momento de llegar al fin deseado, es muy cruel. Hácense muy bellos proyectos, la imaginación se extasia en ellos y se vive á espensas suyas. Yo me hallo en la situación de un viajero que ha emprendido una larga caminata. Después de una trabajosa travesía, oye resonar sobre el puente del navío esas palabras tan ardientemente deseadas: ¡Tierra! ¡tierra! Su mirada se anima, sus mejillas se coloran, su pulso se hace más agitado, su nariz se dilata. Cree aspirar ya las emanações de la próxima ribera y se regocija con la idea de volver muy pronto á ver lugares queridos. ¡Ay! que los marinos se habían engañado, que han sido víctimas de un espejismo; aún se hallan lejos de la tierra, y esta decepción, sucediéndose á sus aspiraciones demasiado prematuras, desespera por completo al pasajero ya fatigado por tan larga espera.

No estoy yo aún desesperado, tan sólo estoy cansado de permanecer estacionario y ver que ella rehusa hacer ninguna alusión á nues-

tra próxima dicha. Esperaré dos días más, y después provocaré una explicación.

\* \* \*

No he tenido necesidad de buscarla. Ella ha venido naturalmente.

## XIX

Me había dado cuenta de que tenía intención de asistir por la noche á una representación de gala, dada en el Teatro de la Opera en honor de una testa coronada, y añadió con mucha gracia:—Te prevengo que voy á ir muy guapa. Si quieres verme á tu placer ven antes de marcharme al teatro.—Me guardé muy bien de rehusar tal invitación, y á las ocho en punto me presenté en su casa en traje de etiqueta, porque me había procurado una butaca de orquesta, á fin de admirarla, no sólo en su domicilio, como para ello había sido convidado, sino en público.

No tardó mucho en presentarse con un traje de una riqueza inusitada. Mi vista quedó encantada, no así mi corazón. Aquellos

encajes de elevado precio y aquel maravilloso collar de perlas afirmaban con toda claridad el reinado del peruano. Sin embargo me hacía estas reflexiones:—¿Podía yo poner en duda la existencia de ese extranjero?—No.—¿No era mejor para mí que debiese él su fortuna á sus presentes más bien que á sus méritos?—Evidentemente.—¿Entonces, por qué quejarme?—Aceptado el peruano, ha tenido razón en aceptar blondas y collar y no podía encontrar mejor ocasión para ponérselas.—¡Sea! Pero hubiera debido abstenerse de darme citas para hacer brillar ante mí todas estas riquezas cuya vista no me había de agradar. La había faltado tacto en esta ocasión y quise dárselo á entender.

—Llevas un collar muy bonito—la dije secamente.—No sabía que le tenías.

—No podías saberlo—respondió sonriéndose,—llega ahora en línea recta, de casa del joyero. Tu mirada le estrena, y eso es lo que yo quería.

—¡Ah! lo has querido tú.

—Sin duda. Era muy justo. Te lo merecías.

—¿Por qué? ¿qué he hecho yo?

—Eres tú quien me ha hecho tan precioso regalo

—¿Cual?

—Este collar.

—¡Yo! ¡que te he regalado ese collar!

—Claro, de una manera indirecta pero muy delicada. Me has enviado el precio de la alhaja para que yo pudiese elegirla. Así lo he hecho y ya la ves. Es bonito, ¿no es cierto?

Pero la idea tuya ha sido mucho mejor. Has querido dejarme este recuerdo material de nuestros cortos amores, para obligarme á dirigir sin cesar mi vista y mi pensamiento á nuestro pasado tan feliz.

— ¡El pasado! — exclamé vivamente — no se trata del pasado, sino del porvenir.

— ¡Oh! el porvenir no me pertenece — me respondió con su dulce voz.

Y como era la hora de marcharse al teatro se apresuró á dejarme, mientras que yo permanecí en mi sitio estupefacto, aniquilado.

## XX

Ha sido al pasado á quien he hecho mi ofrenda. Al pasado á quien acabo de rendir ese forzado tributo. El porvenir ya no existe para mí; ella lo ha dicho... La miserable me ha robado, ó más bien se ha pagado á sí misma. Yo descuidaba darla lo que debía por los seis meses transcurridos, y ha tomado por la fuerza su salario... ¡Y hablaba yo de su desinterés! ¡Y la trataba como á una bien educada! ¡Y quería hacerla pasar por tal! ¡Yo solo la defendía contra todos! ¡Y la había colocado en un pedestal como á una estatua! ¡Cuán ridículo he sido! ¡Me he cubierto de lodo! ¡Qué infamia! ¡No es de mi dinero de

lo que se trata, estoy medio arruinado, pero ¿qué importa! Esto no es cuenta suya. ¡Por qué no soy más rico! ¿Qué voy yo á hacer en ese corta cabezas con algunos billetes de mil francos? Su familia y sus amantes no se vencen con tan poco, y mis quejas serían grotescas. Lo que es infame es haberme robado mi pasado y marchitado su recuerdo. Más en calma, más reposado, más prudente, hubiese tenido un día el placer al volverla á ver con el pensamiento, no tal como hoy es, sino como fué, casi una joven sencilla, si no una mujer honrada. Ahora no la veré ya sino como una cortesana. Sus besos, que largo tiempo aún hubiese saboreado en sueños ó en el delirio de mi fantasía, me los vendía con su cuenta y razón; ya calculaba ella lo que más tarde la valdrían. Nunca jamás se abandonó á mí, se prostituyó siempre... Y desde hace dos meses ¡que crueldad! tenerme en suspenso, entreteñer mi esperanza, excitar mis deseos para decirme el día que creí llegar á mi objeto: — Vete, todo ha concluido, te echo de mi lado.

Ya, desde hace tiempo, dejé de ir por su casa, y ando errante de calle en calle, de boulevard en boulevard, marchando precipitadamente, deteniéndome de pronto, y volviendo á tomar mi andar presuroso sin preocuparme de los transeúntes, de los coches ni de los obstáculos. Gesticulo, grito, lloro de rabia. Habrá habido gentes á quienes hayan detenido y sido llevadas á Charenton por sus extrañas maneras que debieran haber parecido menos sospechosas que las mías.

De repente me doy contra un obstáculo viviente, un muchachón de cinco piés y muchas pulgadas.—Tened cuidado, me dijo.

¡Tened cuidado! cualquier cosa, como si eso me fuera tan fácil. Iba á responderle con mal talante para enseñarle á no ponerse en mi camino, y sobre todo por dar desahogo á mi cólera, cuando me sentí coger de una mano y oí estas palabras dichas con voz suave:

—¡Qué! ¿Sois vos? ¡Qué placer siento al veros! Desde nuestro encuentro en el ferrocarril no había tenido noticias vuestras; no se os ve en ninguna parte.

Era el amable compañero de viaje que escuchó mis lamentaciones desde París á Lieja, salvo algunas intermitencias de sueño.

Le reconocí, pero le miré con asombro. Apercibióse de ello, y me dijo:

—¡Diablo! ¿Aún os dura el mal?

—¡Qué!—le pregunté.

—Aquella famosa pasión.

Tan inesperada salida me hizo entrar en posesión de parte de mis facultades intelectuales. ¡Ah! ya tengo alguien con quien hablar, puedo reemplazar mis soliloquios con confidencias. ¡Pobre de él!

—Esta pasión—exclamé tomando el brazo del desgraciado que tuvo la imprudencia de interrogarme,—esta pasión ha aumentado inmensamente en estos dos meses.

—¡Vaya! pues entonces parecía ya estar en su punto.

—Pues se ha convertido en delirio, en locura.

—Y qué, ¿será preciso cuidarla?—me dijo deteniéndose.

A pesar de su estatura parecía dar señales de inquietud al estar á mi lado. Pero le arrastré conmigo diciendo:

—¡Cuidarme! Inútil. Hubiese sido eso muy bueno muy pocos días hace, ahora ya estoy curado; ¡oh! sí, completamente curado.

—¿Desde cuando?—me preguntó.

—Desde hace una hora.

—¿No más?

—¡Oh! Y ha bastado. Tan completa ha sido la desilusión, el golpe tan rudo, la caída tan terrible. Aún me veis todo mal tratado, Acaso por eso hablo con cierta animación, Pero ha pasado ya el peligro, me he salvado.

—¡Tanto mejor!—murmuró, sin estar más seguro, y comprendiendo, sin duda, que era más prudente en interés suyo y mío, dirigir la conversación á otro asunto.—¿Qué os vais á hacer esta noche?—me preguntó.

—Yo, nada.

—¿Venís de comer, acaso?

—No tal, y hasta creo que no he comido para llegar más pronto á su casa. ¡Ah! ¡y qué bien me ha recompensado mi prisa! Imaginaos que...

Vió el peligro que de nuevo corría, y replicó:

—El traje negro y la corbata blanca que lleváis es lo que han hecho equivocarme.

—¡Ah! Llevo corbata blanca y traje negro.

—Y hasta se os ve el frac debajo del *pardessus*.